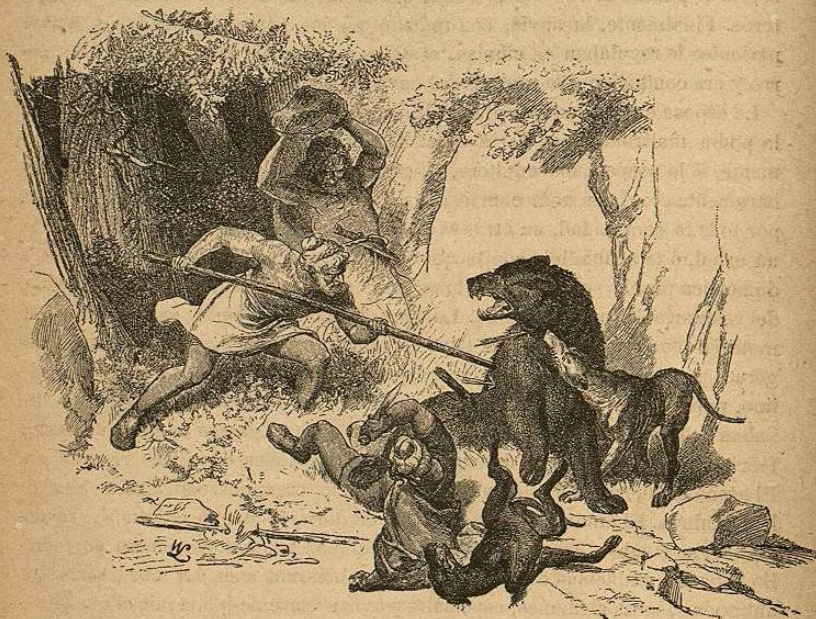


llevaban, alcanzaba hasta los tobillos, dejando libres los brazos, el pescuezo y la parte superior del pecho. Era la única prenda que la mujer germana llevaba en casa. Para salir se ponía sobre la camisa una especie de capa que se abrochaba sobre el pecho. Mas no tardó mucho tiempo en establecerse la moda de llevar entre la camisa y el capote otra prenda, una túnica sin mangas que alcanzaba hasta las rodillas y se ceñía por encima de las caderas haciendo resaltar las formas del cuerpo.



CAZA DEL OSO.

Uno de los principales cuidados de las caseras modernas, parece tenía sin cuidado á sus abuelas germánicas, pues no les incumbía mirar por la cocina ni la bodega, la comida ni la bebida, á no ser que la casa fuera tan pobre que faltase en ella toda servidumbre. En toda casa medianamente acomodada la cocina estaba á cargo de los mozos, sin que por esto tengamos que figurarnos muy agreste ó primitiva la comida germánica. Aunque los manjares y las bebidas eran todavía sencillas, los germanos no dejaban de saber lo que era bueno para comer ó beber y lo que era mejor. En efecto, poseían varias especies de cereales, preparaban el pan con harina de cebada y de avena, asaban la caza y el pescado, prefiriendo, émpero, á toda otra carne la del cerdo y del caballo, comían huevos, tenían nabos, rábanos, acederas y otras verduras,

ni les faltabaleche, manteca, queso ó miel y bebidas abundantes y aun excesivamente cerveza, y en las fronteras de las colonias romanas también el vino, obtenido mediante el comercio del cambio de mercancías. El condimento principal de la cocina germánica era, por supuesto, la sal, que se preparaba echando la salmuera sobre carbón de encina encendido para desaguarla.

La economía doméstica de los germanos debía prepararse por sí sola casi todas las necesidades de la vida, de cuya satisfacción se encargaron más tarde la industria y el comercio. Los padres de familia pobres, tenían que hacer ellos mismos de herrero, de carpintero, de albañil; pero los ricos tenían entre sus siervos y esclavos sugetos que desempeñaban las funciones de carpintero, albañil, cerrajero, panadero, zapatero y alfarero. Toda casa acomodada tenía su propia molinera, es decir, una criada especial para el molino de mano. Pero no podía dejar de suceder que de semejante industria casera se desarrollara gradualmente la industria pública, conquistando esta una posición cada vez más independiente de la agricultura. El oficio más honroso y no considerado indigno del hombre libre, era el de fabricante de armas y atavíos. Un buen armero ó platero gozaba de gran consideración y favor entre sus paisanos, y en la mitología, semejante artista, Viland el herrero, pasaba por semi-dios. En los códigos de los germanos de la época de la transmigración de los pueblos se menciona ya á los siervos artesanos que trabajaban para otros en provecho de sus amos. Este era el principio de los artesanos alemanes como profesión y clase.

Tampoco es posible que exista sin relaciones comerciales una comunidad humana desde el momento que ha pasado del salvajismo á la civilización. En una época muy temprana debió de existir en Germania un comercio interior primitivo, porque había muchas cosas que cambiar, comprar ó vender, como son campos, pastos, bosques, ganados, armas, adornos, esclavos y mujeres; (aun en la Edad media se decía, por casar, comprar una mujer). Unos usos legales antiquísimos de los cuales todavía existen vestigios legalizaban semejante tráfico de mercancías. Así por ejemplo, la trasmisión de una finca al comprador se simbolizaba con la presentación de un puñado de césped ó una gleba. El precio de la compra ciertamente no se entregaba en dinero, porque los germanos no lo tenían; pero en lugar de este daban armas, alhajas y más frecuentemente ganado. En vacas, bueyes, caballos, pagábanse también al principio las multas judiciales. La transición al dinero la representaban los collares y brazaletes de metales preciosos que eran una alhaja favorita de los germanos, que gustaban de regalárselos mutuamente, y muy pronto se acostumbraron á darlos en pago, enteros ó en pedazos, sirviendo acaso semejantes pedazos de moneda de cambio. El oro para la fabricación de los anillos procedía probablemente de los ríos auríferos del país, especialmente el Rhin. Es verdad que el oro de este río no se menciona antes del siglo V, pero el mito del tesoro de los nivelungos indica indudablemente una edad mucho más remota de aquella fuente de oro.

Por doquier empiezan á presentarse las necesidades de la civilización; pare-

ce inmediatamente el comercio para satisfacerlas, aumentándolas y multiplicándolas al mismo tiempo. Los mercaderes romanos y galos no tardaron en introducir los géneros y productos apetecidos por las fronteras meridionales y occidentales de Germania para trocarlos con los productos del país. Ya podemos figurarnos que no era corta la ganancia que sacaban. En la época imperial de Roma este comercio iba de día en día cobrando mayor desarrollo, importándose el bronce, el hierro, la plata, el oro, el vino, telas para vestidos y objetos de adorno, en cambio de los cuales se llevaban á Italia y Galia remolachas, plumas de ganso, jabón blando, pieles, cuervos, caballos, esclavos y pelo germánico, puesto que á las damas elegantes de Roma les parecía indispensable llevar pelucas y trenzas rubias. Con esto las monedas romanas fueron introduciéndose cada vez más como medio ordinario de cambio, á lo cual los germanos se acostumbraron de tal manera, que durante mucho tiempo consideraban la acuñación de la moneda como privilegio exclusivo de los emperadores romanos. Los reyes de los francos fueron los primeros que, sustrayéndose á esta idea, empezaron á acuñar moneda propia y con su propia efigie.

El artículo de exportación más importante llegó á ser el ámbar de las costas del Báltico, del cual los romanos fabricaban muchos objetos de atavío y adorno. Este mismo artículo puso también á los germanos en contacto con Grecia, sirviendo de intermediaria la colonia greco-fosea Masilia (Marsella). Por este camino, á saber, el del comercio greco-germano, llegó también probablemente á Alemania el uso de la escritura, formando el alfabeto griego la base de la escritura rúnica de los germanos. Otro efecto civilizador tuvo el comercio, contribuyendo á romper la rigidez de las preocupaciones de los hidalgos de aldea de Germania; pues como el ejercicio del comercio requería por un lado cierta riqueza y por otro osadía y atrevimiento y una mano fuerte capaz de defenderse, sólo podía pertenecer á los libres y no les parecía indecoroso á los nobles, porque los viajes comerciales podían considerarse como expediciones guerreras en vista de los peligros y riesgos que habían de desafiar tanto los que llevaban al extranjero los productos del país como los que traían á éste las mercaderías de aquél.

El comercio debió entrar en numerosas relaciones mútuas con las artes y oficios nacientes, y por otro lado debía permanecer en comunicación continua con la aristocracia hacendada, resultando de todo esto, que el comercio era un mitigador eficaz de las hondas diferencias de clases. Finalmente hay que mencionar aún que los antiguos alemanes se libraron no sólo al comercio terrestre sí que también al marítimo. Naturalmente este último lo monopolizaban los habitantes de las costas del Báltico y del mar del Norte, los cuales en el curso de los seis primeros siglos de la era cristiana habían ido poco á poco mejorando la primitiva canoa-tronco, hasta alcanzar el barco de remos en forma de galera y á proveerlo de velámen. Al barco procuraban imprimirle la forma de ciertos animales, y distinguían las partes de aquel, como cabeza, cuello y pico; adornaban la proa con cabezas de caballos ó dragones y llamaban al barco mismo dragón ó corcel. «Los dragones de mar» de los Vikingos

escandinavos eran una aparición temible de los cuentos y en la historia, y en general en los tiempos antiguos comercio marítimo y piratería eran casi sinónimos. Pero que los germanos fueron buenos marinos queda probado por el hecho de que se arriesgaban en alta mar, sin brújula, descubriendo Islandia (tierra del hielo), Groenlandia (tierra verde), y quinientos años antes de Colón, América («Vinland»). (1)

Pero volvamos á hablar de la vida doméstica de los antiguos alemanes.

Hemos visto como el propietario alemán llevaba á su casa á su esposa cual propiedad comprada. De ella dependía convertirse de «cosa» en compañera del hombre y de suavizar á su dueño absoluto transformándole en esposo confiado y cariñoso. Como en todas partes y en todos tiempos, así también en la antigua Alemania los hijos deben de haber formado un lazo sólido entre los padres. Pero las esposas germánicas tenían motivo de esperar con cierto temor su primer alumbramiento, porque dependía enteramente de su marido reconocer al hijo y dejarle vivir ó no. Al nacer un niño, la comadrona lo llevaba á presencia del padre, poniéndoselo á los piés debajo del puntal del caballete que se elevaba al lado del hogar; si le reconocía como á hueso de sus huesos y carne de sus carnes, lo levantaba del suelo con su propia mano ó mandaba á la comadrona que lo levantara. Si se negaba á hacerlo, el niño debía exponerse; una vez levantado, la vida del recién nacido estaba asegurada. En cambio el padre del recién nacido estaba obligado á mandarlo levantar cuando había tomado alguna cosa nutritiva aunque no fuese más que una gota de leche ó de miel. Esto naturalmente no le quitaba el derecho de vender más tarde á su hijo. Al acto de reconocimiento seguía una especie de bautizo, sumergiéndose al recién nacido en agua fresca y dándosele un nombre por un pariente designado á este fin, quien estaba también obligado á hacer un regalo al niño, y toda la ceremonia terminaba con un convite.

El dar el nombre era cosa de importancia para los antiguos germanos, como si el nombre pronosticase la suerte del niño, y no procedían en esto tan tontamente y sin gusto como proceden sus descendientes. Como los nombres de los lugares, asimismo los de las personas eran significativos y característicos. En primer lugar hay que mencionar los que indican las primitivas relaciones silvestres entre el hombre y el animal, añadiéndose á esto que á los ojos de los germanos muchos animales tenían algo sagrado porque los mitos religiosos referían la aparición de los dioses en figura de tal ó cual fiera. De ahí los

(1) Observa Humboldt, cuán extraño es que Colón, en el viaje que hizo á Islandia en 1477, no oyera nada acerca de las expediciones de los escandinavos á las costas del Norte de América en el siglo x y siguientes, ó que, en caso contrario, no presentara este hecho en apoyo de su teoría. Sin embargo, es muy posible, como observa también el mismo escritor, que las noticias que obtuviera en Islandia fuesen muy vagas para sugerirle la idea de que las tierras descubiertas por los del Norte tuvieran conexión ninguna con las Indias que él buscaba. (Humboldt. *Géographie du Nouveau Continent*).

nombres derivados de *ar* (águila): Arno, Arnulf; de *ber* ó *baer* (oso): Berno, Beringard, Berinhard, Beroald; de *eber* ó su forma antigua *ebur* (jabali): Ebur, Eburhard, Eburoin, Ebürgund, Eburtrud, Eburtuet; de *rabe* ó *rege* (cuervo): Raginald, Ragenhart, Regino; de *wolf* (lobo): Volfgar, Volfgang, Vulfila, etc., para hombres como para mujeres: Aranhilt, Aralind, Berilind, Eburhilt, Ebürgund, Raganberga, Raganberta, Volfburga, Volfgunt, Volfmun, Vulfhilt, á los que se daban también nombres de *scan* (cisne) y *lint* (serpiente) como Svanaburg, Svanahild, Godalind, Theudelind, etc. Los sentimientos religiosos de los germanos les inducían á formar una serie de nombres masculinos y femeninos con la antiquísima palabra puramente germánica *god* ó *got*, hoy *gott* (dios) como Godo, Godebald, Godafrid, Gotaherd, Godomar, Goda, Gotberga, Gotatrud; ó bien del término *Ausen*, en escandinavo, *Asen*, en sajón os, como Anso, Arisbald, Osmund, Osvoind, Ansa, Ansberta, Osmundis. Un recuerdo de la idea de los *elbas* (enanos) y *thursos* ó *hunos* (gigantes) se ve en los nombres de Albó, Alfhild, Albuino, Albagand, Albigard, Hunibald, Hunimund, Hunila, Hunrada, Turismund, Tusnelda. Una multitud de nombres de hombres y mujeres atestiguan la belicosidad de los germanos por su composición con las palabras *bad*, *gund*, *hild*, *hadu*, *vig*, *isan*, *ger*, *brune*, todos términos de guerra, batallas y armas, como Baddo, Batuhelm, Badila, Baduhild, Gundobad, Gundeband, Aldagund, Cunigund, Hadubrand, Hadufrid, Hadamund, Hadaberga, Hathumot, Hildibrand, Hildulf, Hildibrag, Hildigard, Hildigund, Vigo, Vigand, Vighelm, Vigharta, Vigilinda, Isangrim, Isauhard, Isambirga, Isanhilt, Bruno, Brunihilt, Sigibert, Sigifrid, Sigitend, Sigilind. En las composiciones con *Adal*, *Tiuda* y *Lint* (nobleza y pueblo) se expresa el orgullo de alcurnia y patriotismo nacional: tales son Adalbert, Adalheid, Teodo, Teodofrid, Tiothelm, Teuda, Teutberta, Teutila, Liudo, Liudiger, Liudulf, Liuda, Liudisea, Liutberga. Entre los nombres alemanes de mujer de más antigüedad cuéntanse con razón los que indican propiedades físicas ó morales, como Berta (brillante) Heidr (alegre), Liba (vivaracha) Svinda (lista) y Skonea (bella).

Con un convite, hemos dicho, terminaba el acto de dar nombre al niño germánico; en eso de los banquetes eran muy dados los antiguos alemanes; todo acontecimiento, alegre ó triste, era para ellos motivo de una comilona: el nacimiento de un hijo, la entrega de armas á otro hijo, el casamiento de una hija, la muerte de cualquier miembro de la familia, pues la costumbre ó el vicio del «trago fúnebre» era antiquísima. Luego la hospitalidad misma ofrecía ocasiones para francachelas que duraban muchas veces hasta acabar con las provisiones de la casa, y entónces el huésped y el hospedado iban juntos á casa del vecino para continuar el festín á expensas y en compañía de este. Semejantes hazañas de gula tenían á menudo por consecuencia la ruina completa de una familia próspera, pues no era cosa insólita el emborracharse y llevar hasta la locura el juego de los dados, perdiéndolo todo, ganado, muebles, casa y campo, mujer é hijos, y ofreciendo como última puesta la propia persona para pasar á la condición de siervo en caso de perder. En las casas ricas, en las salas de los nobles los festines se celebraban con bastante pompa. Pero

solamente los hombres tomaban parte en los banquetes, sentados en una mesa, mientras que la esposa, ni aun las reinas eran dispensadas de esto, y los hijos servían á los convidados, mandando traer los manjares y llenando con su propia mano los cuernos de uros guarnecidos de plata que hacían el oficio de copas, para presentarlos luego de una mesa á otra. Si el demonio del juego no había penetrado en la sala, los reunidos disfrutaban una diversión más noble, escuchando á los arpistas y trovadores que tocando cantaban y narraban las proezas de los dioses y héroes, la creación del mundo, la historia de Vodan y Donar, de Tuisto v Mannus, y del libertador Arminio. Esto



CONVITE GERMÁNICO.

es lo que nos refiere Tácito, y en el poema heroico más antiguo de los germanos, «Beovulf» se lee: «En la sala había son de arpás y el canto sonoro del vate, narrando el entendido el origen de los hombres en los tiempos remotos.» Y en otro pasaje: «Había canto y música en la sala; tocábase el palo de alegría y cantábase la canción.» Al canto y toque agregábase también el juego gimnástico más antiguo de los alemanes, la danza de las espadas, que el autor de la Germania menciona como único espectáculo entre los germanos y acerca del cual dice: «Unos jóvenes desnudos para quienes esto es una diversión, se revuelven bailando entre puntas de lanzas y hojas de espadas clavadas verticalmente en el suelo. La práctica producía la destreza, la gracia-

mas no para lucro ni recompensa; el único galardón de la broma atrevida es el placer de los espectadores.»

La educación de los niños incumbía naturalmente con preferencia á las madres, bajo cuya dirección las hijas antes de su casamiento se ocupaban en los quehaceres domésticos. Podemos suponer también que todo lo referente á la educación moral de la juventud procedía de parte de la madre. Como hoy, todavía la madre alemana planta y cultiva en sus hijos los primeros gérmenes de las ideas religiosas y morales, así mismo la madre germánica cantaba á los



EDUCACION DE LOS MUCHACHOS.

suyos las antiquísimas melodías de los dioses y héroes populares imbuyendo valor á los muchachos y recato á las niñas. El hijo adolescente recibía después de su padre la instrucción necesaria acerca de los derechos y deberes de su clase, en el manejo de las armas, en la carrera á pié y á caballo, en la caza y la pelea. Preparado así el jóven era declarado apto para las armas en la reunión de la comunidad, entregándole solemnemente el caudillo ó el padre ó el tutor un escudo y una lanza. Antes no había sido más que un miembro de la casa, con la entrega de las armas llegaba á ser un miembro del Estado; ahora

podía deliberar y decidir con los demás, especialmente en la guerra; pero la plenitud de los derechos de ciudadanía la ganaba solamente con la posesión de cierta propiedad territorial. El nacimiento libre, la capacidad de armas tomar y la propiedad territorial, daban juntos los derechos políticos.

¿Pero, cuál era la comunidad, cuál el estado antiguo de los alemanes? Hasta donde nuestro saber llega encontramos entre los antiguos germanos dos formas de Estado: la monarquía y la república aristocrática. Cuando los germanos se presentan por primera vez en la historia, los caudillos de los teutones y cimbrios son llamados reyes por los romanos, y no cabe duda de que el origen de la monarquía germánica se remonta á los primitivos tiempos míticos. En la época histórica, empero, especialmente en los tiempos de Tácito, esta forma política había sido reemplazada por la de las comunidades libres, ó más bien la republicana aristocrática, para renacer más tarde y predominar en el periodo de las invasiones. El número de las comunidades republicanas de Germania era muy grande y muy diferente en extensión y poderío. El desarrollo de ellas era orgánico, formando las familias una marca y varias marcas una centuria, estas un canton y varios cantones lo comunidad de la tribu. A esta división correspondía también el organismo de la administración política, la comunidad de la aldea, de la comarca, del cantón y del país. Estas reuniones dirigían el gobierno de la marca, de la centuria, del cantón y del país, decidían de la paz y de la guerra, elegían al jefe del ejército, guardaban el orden público, instituían los tribunales, elegían á los alcaldes de los pueblos, á los condes de las regiones y á los príncipes del país. Las diversas comunidades en reuniones ordinarias y á veces extraordinarias, se celebraban al aire libre bajo un árbol sagrado ó junto á una fuente sagrada, incumbiendo á los sacerdotes la abertura de las discusiones y la conservación del orden.

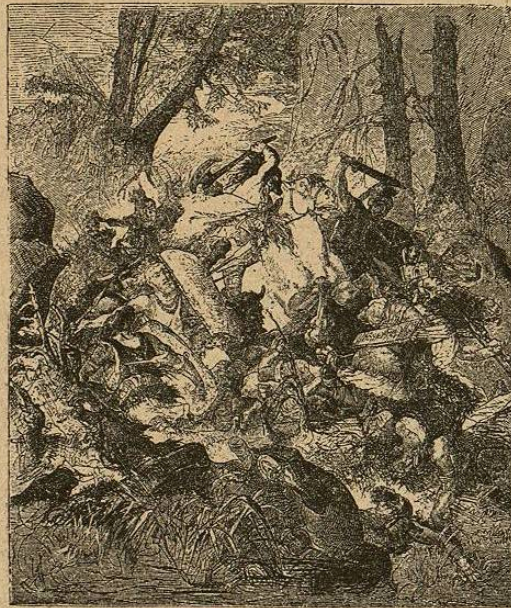
Un discurso del presidente, por lo tanto del príncipe, en las reuniones generales, daba principio al despacho de los negocios administrativos, militares y jurídicos puestos á la órden del día. La discusión era libre, pudiendo todo hombre capaz de llevar armas manifestar su opinión. El consentimiento se manifestaba chocando las lanzas contra los escudos, el disentimiento por medio de murmullos. Con todo, no debemos formarnos una idea demasiado ideal de semejantes reuniones, en las que se expresaba, por cierto formalmente, la soberanía de la voluntad común. De hecho no eran generalmente más que una fórmula, de la misma manera que lo son hoy las reuniones cantonales de Suiza, en las que el pueblo-soberano suele decidir y resolver solamente lo que los magnates han decidido y resuelto anteriormente. Por supuesto, no hemos indicado aquí más que los rasgos generales de la constitución de las comunidades y del Estado, hallándose ésta arreglada muy diferentemente en las diversas tribus con respecto á los detalles. Ya hemos dicho que en la época de la transmigración de los pueblos la monarquía reemplazaba á la república aristocrática. Al entrar en la historia, las grandes tribus de los godos, vándalos, borgoñones, longobardos, francos, las vemos acaudilladas por reyes, naturalmente reyes electivos, votados en la reunión y levantados sobre el pavés en tiempos y circunstancias en que hacía falta la unidad del

mando, sobre todo durante una expedición. Probablemente esta monarquía era sólo una ampliación de la institución tradicional de las compañías guerreras que exornaban con mayores honores á sus duques electos cuando sus empresas eran coronadas de éxito estrepitoso. Pero hay que añadir que la monarquía electiva de los germanos supo convertirse pronto en monarquía hereditaria, porque los reyes se elegían con preferencia de entre aquellas familias que tenían fama de origen divino y eran consideradas como la flor de la nobleza.

La monarquía alemana era, pues, de origen guerrero, como en general el Estado germánico descansaba en las armas y la guerra. El armamento mismo progresó de la sencillez primitiva á una rica multiplicidad durante la transmisión de los pueblos. Entonces añadiéronse al arma defensiva del escudo, las dos otras, el yelmo y la coraza, como á la antigua arma ofensiva, la lanza, vinieron á agregarse las modernas, espada, puñal y hacha. El «ger» parece que era una arma arrojada, pesada, diferente de la lanza ó framia. El uso de arcos y flechas no consta con seguridad, sólo sabemos que los vándalos y los godos no conocían estas armas. De la táctica germánica no hay que hablar porque consistía simplemente en el asalto impetuoso y en la resistencia desesperada. La fidelidad para con el caudillo hasta la muerte era costumbre germánica. Los ejércitos estaban divididos en compañías de cien hombres: dispuestos en forma de cuña entraban en batalla entonando el «Carditus» (cancion del escudo, porque los guerreros para hacer más intenso el ruido gritaban en el hueco del escudo.) La fuerza principal de los germanos consistía en el combate á pié, aunque tenían también caballería; pero desdeñaban las sillas. Entre las compañías de ginetes interpolábanse infantes que se agarraban á las crines de los caballos para correr al igual que ellos. La cobardía, la deserción, la pérdida del escudo, eran consideradas como delitos capitales.

En cuanto á los crímenes y delitos, en general los germanos distinguían, de antiguo, entre los que perjudicaban á la comunidad y los que dañaban al individuo. Los primeros, como la traición y la deserción, podían expiarse solamente con la muerte del culpable, mientras que los segundos se expiaban mediante el resarcimiento, es decir, que el culpable estaba obligado á abonar al individuo perjudicado los perjuicios que le había ocasionado, pagando la cantidad fijada en dinero ó en ganado. La expiación de la culpa mediante el dinero ha sido un primer ensayo bárbaro; según nuestras ideas, para contener los estragos que la primitiva costumbre de la venganza de la sangre hacía en las comunidades. De esta costumbre se había originado el derecho primitivo germánico de atacar al agresor. El homicida impremeditado, el asesino, infringía la paz con la familia del asesinado obligando á está á pedirle cuentas por su acción. Para este objeto, si el agresor no se declaraba dispuesto á pagar la indemnización legal, la familia perjudicada hacía uso de su derecho de atacarle, es decir, trataba con ayuda de sus amigos de apoderarse del malhechor para expiar con su sangre la infracción de la paz. La conciencia jurídica de los germanos variaba mucho en sus manifestaciones entre las diferentes tribus, considerándose, según la constitución política ó el congreso

general ó el rey como fuente de la paz y de la protección del derecho. Mas á pesar de todas las diferencias en los pormenores, reinaban, sin embargo, ciertas ideas y formas generales en toda la nación. Después de la traición y deserción, el homicidio era el crimen más grave. Luego seguían las violencias, entre las cuales el rapto y la violación ocupan el primer puesto. Bello rasgo de derecho antiguo era este de castigar fuertemente hasta las ofensas ligeras



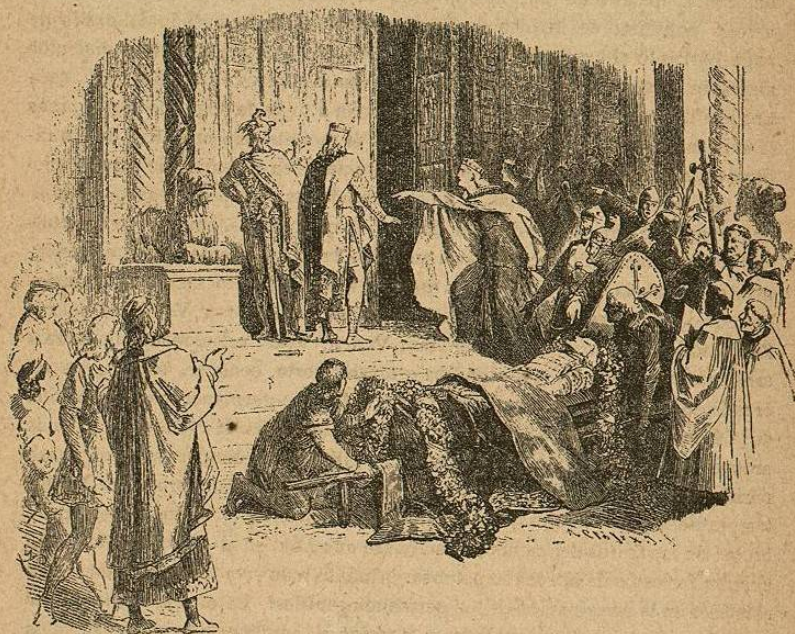
LUCHA CONTRA LOS ROMANOS.

á la honra femenina mediante palabras ó acciones. Entre los delitos contra la propiedad, el robo de ganado y de productos del campo era el más infame, considerando mayor grado de criminalidad en el ladrón nocturno. Un principio humanitario manifestábase en la determinación que los viajeros podían tomar impunemente de los frutos del campo la cantidad necesaria para satisfacer su hambre y sed, y que las mujeres embarazadas cuando sentían un antojo especial por una cosa ajena, la podían tomar impunemente también. La demanda en justicia y la pronunciación del fallo iban acompañadas de ceremonias religiosas ya que las dos se fundaban en ideas religiosas. El procedimiento era público y oral. Los juicios se celebraban probablemente en los mismos sitios cercados en donde se verificaban las reuniones comunales y nacionales. El pueblo permanecía fuera del cerco que rodeaba el puesto del

tribunal y tenía el nombre de «anilla» (*ring*). El proceso ó pleito se llamaba *ding*; de ahí el antiguo modismo alemán de *ir á ding y ring*. Los regidores («rajinburgos», «sajibarones», más tarde «schöppen»), elegidos entre los libres y por los libres, discurrían y pronunciaban el fallo bajo la presidencia del «gerefa» (conde, antes «tunginus»). El enjuiciamiento era el de la acusación ó demanda, según el principio de «que no hay juez cuando no hay acusador.»

Era máxima muy corriente que el acusador no había de probar la culpabilidad del acusado, sino al contrario éste su inocencia. La prueba principal era el juramento. El acusado debía justificarse mediante el juramento, mas su palabra no era suficiente; había de buscarse «ayudantes de jurar», es decir, amigos que aseguraran que creían sus afirmaciones de inocencia, ayudándole, por lo tanto, á jurar, robusteciendo su veracidad. Cuando, empero, el acusador no se fiaba del juramento del acusado ni de la palabra de sus ayudantes, podía invocar el juicio de Dios, llamado en antiguo alemán *urteili*, en anglosajón *ordal*, de donde el latín *ordalium* (y nuestra *ordalia*), como apelando á la sabiduría divina para que diese su fallo sobre la culpa ó la inocencia. La forma de la ordalia era la del duelo entre el acusador y el acusado ó la prueba del fuego ó la del agua. La mención más antigua de la «prueba de la caldera» en la cual el acusado demostraba su inocencia sacando del agua hirviendo un anillo sin escaldarse la mano, se halla en el código franco-salio. Indudablemente, empero, el uso de las ordalias se remonta á los tiempos primitivos arios, puesto que se encuentra también en la India. En la Edad media este uso jurídico sufrió varias modificaciones. Entre las ordalias más antiguas hay que contar ciertamente también, el «derecho de fétetro», según el cual los deudos de un asesinado podían exigir que el acusado declarándose inocente, se acercara al fétetro y tocara las heridas. Si la sangre volvía á manar, el acusado era culpable; si no, su inocencia quedaba demostrada. En un pasaje célebre del canto de los nibelungos, que á pesar de su barniz cristiano se remonta á la antigüedad pagana, se lee lo siguiente: «Mandose á los herreros que fabricasen á toda prisa un ataúd, ataúd de plata y oro, guarnecido de aros de templado acero, y habiendo pasado la noche, la noble señora Crimhild mandó llevar á la catedral á su queridísimo esposo Sigfrid, y llorando fueron con ella todos sus amigos. Cuando llegaron á la iglesia, doblaban las campanas y resonaba el canto de los sacerdotes. Acudió también el rey Guntario con su séquito, y vino también el feroz Hagen, quien hubiera hecho mejor en no acercarse. Dijo Guntario: Querida hermana, me duele tu pesar; ojalá no sufriéramos tan sensible perjuicio; á fé, eternamente habremos de lamentar la muerte de Sigfrido! Contestó la desconsolada mujer: No os molesteis; si sintieseis el hecho, no habría acontecido. Ellos empezaron á negar, y respondió la viuda: El que sea inocente, puede demostrarlo al momento. Que se acerque al fétetro, aquí ante toda la gente. Así se descubrirá la verdad. Es un gran milagro que se realiza á menudo: cuando el asesino se acerca al cadáver, las heridas vuelven á sangrar. Así sucedió también ahora. Arrimándose Hagen al muerto, las llagas de éste empezaron á manar sangre; entonces redobláronse los lamentos.»

Como en todas las cosas, así también en las cuestiones de derecho los germanos reconocían á la divinidad como última y suprema instancia. Era un pueblo piadoso, pues el sentimiento de la dependencia del hombre con respecto á las potencias naturales los llenaba de respeto por el misterio del mundo desde la infancia de su vida nacional. Los pensadores y poetas, funciones reunidas en el sacerdocio primitivo, habían intentado una solución de ese misterio en forma de ideas, sentimientos y creencias religiosas, como



CRIMHILD PIDE LA PRUEBA DEL FÉRETRO.

todas las antiguas religiones naturales han sido tentativas de solución de ese problema, y es de presumir con gran probabilidad, que en la época cuando el gentilismo germánico quedó vencido en Alemania por el cristianismo, su religión había alcanzado en dogma y culto un grado de desarrollo bastante elevado. A los alemanes, empero, no les favoreció la suerte como favoreció á sus hermanos septentrionales deparándoles la alhaja de su *Edda*, que contiene sistematizada la religión de los antepasados comunes de los escandinavos y alemanes. Del religioso sentir, pensar y obrar de los germanos meridionales, no se han conservado sino fragmentos reunidos con inmenso trabajo por la aplicación colosal de Jaime Grimm en su *Mitología alemana*, en la cual el